

tes están mascando barro, no más de por la cólera de un juez absoluto, de un corregidor, ó mal informado ó bien apasionado! Más ven muchos ojos que dos: no se apodera tan presto el veneno de la injusticia de muchos corazones, como se apodera de uno solo.

—Predicador te has vuelto,—dijo el de Sevilla,—y según llevas la retahila, no acabarás tan presto, y yo no te puedo aguardar; y esta noche no vayas á posar donde sueles, sino en la posada del Sevillano, porque verás en ella la más hermosa fregona que se sabe: Marinilla la de la venta Tejada es asco en su comparación; no te digo más sino que hay fama que el hijo del corregidor bebe los vientos por ella; uno desos mis amos que allá van, jura que al volver que vuelva al Andalucía se ha de estar dos meses en Toledo y en la misma posada, sólo por hartarse de mirarla; ya le dejo yo en señal un pellizco, y me llevo en contracambio un gran torniscon; es dura como un mármol y zahañera como villana de Sayago, y áspera como una ortiga; pero tiene una cara de pascua y un rostro de buen año; en una mejilla tiene el sol y en la otra la luna; la una es hecha de rosas y la otra de claveles, y en entrambas hay también azucenas y jazmines; no te digo más sino que la veas, y verás que no te he dicho nada, según lo que te pudiera decir acerca de su hermosura; en las dos mulas rucias que sabes que tengo mias, la dotára de buena gana, si me la quisieran dar por mujer; pero yo sé que no me la darán, que es joya para un arcipreste ó para un conde; y otra vez torño á decir que allá lo verás, y adios, que me mudo.

Con esto se despidieron los dos mozos de mulas, cuya plática y conversación dejó mudos á los dos amigos que escuchado la habían, especialmente Avendaño, en quien la simple relación que el mozo de mulas había hecho de la hermosura de la fregona, despertó en él un intenso deseo de verla: también le despertó en Carriazo; pero no de manera que no deseara más llegar á sus almadrabas, que detenerse á ver las pirámides de Egipto, ó otra de las siete maravillas, ó todas juntas.

En repetir las palabras de los mozos y en remedar y contrahacer el modo y los ademanes con que las decían, entretuvieron el camino hasta Toledo, y luego, siendo la guía Carriazo, que ya otra vez ha-

bia estado en aquella ciudad, bajando por la Sangre de Cristo, dieron con la posada del Sevillano; pero no se atrevieron á pedirla allí, porque su traje no lo pedía.

Era ya anochecido, y aunque Carriazo importunaba á Avendaño que fuesen á otra parte á buscar posada, no le pudo quitar de la puerta de la del Sevillano, esperando si acaso parecía la tan celebrada fregona.

Entrábase la noche, y la fregona no salía: desesperábase Carriazo, y Avendaño se estaba quedo, el cual por salir con su intención, con excusa de preguntar por unos caballeros de Búrgos que iban á la ciudad de Sevilla, se entró hasta el patio de la posada, y apenas hubo entrado, cuando de una sala que en el patio estaba vió salir una moza, al parecer de quince años poco más ó menos, vestida como labradora, con una vela encendida en un candelero.

No puso Avendaño los ojos en el vestido y traje de la moza, sino en su rostro, que le parecía ver en él los que suelen pintar de los ángeles; quedó suspenso y atónito de su hermosura, y no acertó á preguntarle nada: tal era su suspensión y embelesamiento.

La moza, viendo aquel hombre delante de sí, le dijo:

—¿Qué busca, hermano? ¿Es por ventura criado de alguno de los huéspedes de casa?

—No soy criado de ninguno, sino vuestro,—respondió Avendaño, todo lleno de turbación y sobresalto.

La moza, que de aquel modo le vió responder, dijo:

—Vaya, hermano, norabuena, que las que servimos no hemos menester criados.

Y llamando á su señor, le dijo:

—Mire, señor, lo que busca este mancebo.

Salió su amo, y preguntóle qué buscaba.

Él respondió que á unos caballeros de Búrgos que iban á Sevilla, uno de los cuales era su señor, el cual le había enviado delante por Alcalá de Henares, donde había de hacer un negocio que les importaba, y que junto con esto le mandó que se viniese á Toledo y le esperase en la posada del Sevillano, donde vendría á apearse, y que pensaba que llegaría aquella noche ó otro día á más tardar.

Tan buen color dió Avendaño á su mentira, que á la cuenta del huésped pasó por verdad, pues le dijo:

—Quédese, amigo, en la posada, que aquí podrá esperar á su señor hasta que venga.

—Muchas mercedes, señor huésped,—respondió Avendaño,—y mande vuesa merced que se me dé un aposento para mí y un compañero que viene conmigo, que está allí fuera, que dinero traemos para pagarlo tan bien como otro.

—En buen hora,—respondió el huésped.

Y volviéndose á la moza, dijo:

—Costancica, di á la Argüello que lleve á estos dos galanes al aposento del rincón, y que les eche sábanas limpias.

—Sí haré, señor,—respondió Costanza, que así se llamaba la doncella.

Y haciendo una reverencia á su amo, se les quitó delante, cuya ausencia fué para Avendaño lo que suele ser al caminante ponerse el sol y sobrevenir la noche lóbrega y oscura.

Con todo esto salió á dar cuenta á Carriazo de lo que habia visto y de lo que dejaba negociado.

El cual por mil señales conoció cómo su amigo venía herido de la amorosa pestilencia; pero no le quiso decir nada por entónces, hasta ver si lo merecía la causa de quien nacian las extraordinarias alabanzas y grandes hipérboles con que la belleza de Costanza sobre los mismos cielos levantaba.

Entraron en fin en la posada, y la Argüello, que era una mujer de hasta cuarenta y cinco años, superintendente de las camas y adrezo de los aposentos, los llevó á uno que ni era de caballeros ni de criados, sino de gente que podia hacer medio entre los dos extremos.

Pidieron de cenar, respondiéndoles la Argüello que en aquella posada no daban de comer á nadie, puesto que guisaban y aderezaban lo que los huéspedes traían de fuera comprado; pero que bodegones y casas de estado habia cerca, donde sin escrúpulo de conciencia podian ir á cenar lo que quisiesen.

Tomaron los dos el consejo de la Argüello, y dieron con sus cuerpos en un bodegon, donde Carriazo cenó lo que le dieron, y Aven-

daño lo que con él llevaba, que fueron pensamientos é imaginaciones.

Lo poco ó nada que Avendaño comia admiraba á Carriazo.

Por enterarse del todo de los pensamientos de su amigo, al volverse á la posada le dijo:

—Conviene que mañana madrugemos, porque ántes que entre la calor estemos ya en Orgaz.

—No estoy en eso,—respondió Avendaño,—porque pienso, ántes que desta ciudad me parta, ver lo que dicen que hay famoso en ella, como es el Sagrario, el artificio de Juanelo, las vistillas de San Agustín, la huerta del Rey y la Vega.

—Norabuena,—respondió Carriazo,—eso en dos dias se podrá ver.

—En verdad que lo he de tomar despacio, que no vamos á Roma á alcanzar alguna vacante.

—Ta, ta,—replicó Carriazo,—á mí me maten, amigo, si no estais vos con más deseo de quedaros en Toledo que de seguir nuestra comenzada romería.

—Así es la verdad,—respondió Avendaño,—y áun tan imposible será apartarme de ver el rostro desta doncella, como no es posible ir al cielo sin buenas obras.

—¡Gallardo encarecimiento,—dijo Carriazo,—y determinacion digna de un tan generoso pecho como el vuestro! ¡Bien cuadra un don Tomás de Avendaño, hijo de D. Juan de Avendaño, caballero lo que es bueno, rico lo que basta, mozo lo que alegre, discreto lo que admira, con enamorado y perdido por una fregona que sirve en el meson del Sevillano!

—Lo mismo me parece á mí que es,—respondió Avendaño,—considerar un D. Diego de Carriazo, hijo del mismo, caballero del hábito de Alcántara el padre, y el hijo á pique de heredarle con su mayorazgo, no ménos gentil en el cuerpo que en el ánimo, y con todos estos generosos atributos verle enamorado, ¿de quién, si pensais? ¿de la reina Ginebra? no por cierto, sino de la almadraba de Zahara, que es más fea, á lo que creo, que un miedo de Santo Anton.

—Pata es la traviesa, amigo,—respondió Carriazo;—por los filos que te heri me has muerto; quedese aquí nuestra pendencia, y vamos á dormir, y amanecerá Dios y medrarémos.

—Mira, Carriazo, hasta ahora no has visto á Costanza; en viéndola, te doy licencia para que me digas todas las injurias ó reprehensiones que quisieres.

—Ya sé yo en qué ha de parar esto,—dijo Carriazo.

—¿En qué?—replicó Avendaño.

—En que yo me iré con mi almadraba, y tú te quedarás con tu fregona,—dijo Carriazo.

—No seré yo tan venturoso,—dijo Avendaño.

—Ni yo tan necio,—respondió Carriazo,—que por seguir tu mal gusto deje de conseguir el bueno mio.

En estas pláticas llegaron á la posada, y aún se les pasó en otras semejantes la mitad de la noche; y habiendo dormido, á su parecer, poco más de una hora, los despertó el son de muchas chirimías que en la calle sonaban.

Sentáronse en la cama, y estuvieron atentos, y dijo Carriazo:

—Apostaré que es ya de día, y que debe hacerse alguna fiesta en un monasterio de Nuestra Señora del Cármen que está aquí cerca, y por eso tocan estas chirimías.

—No es eso,—respondió Avendaño,—porque no há tanto que dormimos que pueda ser ya de día.

Estando en esto, sintieron llamar á la puerta de su aposento, y preguntando quién llamaba, respondieron de fuera, diciendo:

—Mancebos, si quereis oír una brava música, levantaos y asomaos á una reja que sale á la calle, que está en aquella sala frontera, que no hay nadie en ella.

Levantáronse los dos, y cuando abrieron no hallaron persona ni supieron quién les habia dado el aviso; mas porque oyeron el son de una arpa, creyeron ser verdad la música, y así, en camisa como se hallaron se fueron á la sala, donde ya estaban otros tres ó cuatro huéspedes puestos á las rejas; hallaron lugar, y de allí á poco, al son de la arpa y de una vihuela, con maravillosa voz oyeron cantar este soneto, que no se le pasó de la memoria á Avendaño:

Raro humilde sujeto, que levantas

A tan excelsa cumbre la belleza,

Que en ella se excedió naturaleza

A sí misma, y al cielo la adelantas.

Si hablas, ó si ries, ó si cantas,

Si muestras mansedumbre ó aspereza

(Efeto sólo de tu gentileza)

Las potencias del alma nos encantas:

Para que pueda ser más conocida

La sin par hermosura que contienes,

Y la alta honestidad de que blasonas,

Deja el servir, pues debes ser servida

De cuantos ven tus manos y tus sienas

Resplandecer con cetros y coronas.

No fué menester que nadie les dijese á los dos que aquella música se daba por Costanza, pues bien claro lo habia descubierto el soneto, que sonó de tal manera en los oídos de Avendaño, que diera por bien empleado, por no haberle oído, haber nacido sordo y estarlo todos los días de la vida que le quedaba, á causa que desde aquel punto la comenzó á tener tan mala, como quien se halló traspasado el corazón de la rigurosa lanza de los celos; y era lo peor que no sabía de quién debía ó podia tenerlos.

Pero presto le sacó deste cuidado uno de los que á la reja estaban, diciendo:

—¡Que tan simple sea este hijo del corregidor, que se ande dando músicas á una fregona! Verdad es que ella es de las más hermosas muchachas que yo he visto, y he visto muchas; mas no por esto habia de solicitarla con tanta publicidad.

A lo cual añadió otro de los de la reja:

—Pues en verdad que he oído yo decir por cosa muy cierta, que así hace ella cuenta dél, como si no fuese nadie: apostaré que se está ella agora durmiendo á sueño suelto detras de la cama de su ama, donde dicen que duerme, sin acordársele de músicas ni canciones.

—Así es la verdad,—replicó el otro,—porque es la más honesta doncella que se sabe, y es maravilla que con estar en esta casa de

tanto tráfico, y donde hay cada dia gente nueva, y andar por todos los aposentos, no se sabe della el menor desman del mundo.

Con esto que oyó Avendaño tornó á revivir y á cobrar aliento, para poder escuchar otras muchas cosas que al són de diversos instrumentos los músicos cantaron, todas encaminadas á Constanza, la cual, como dijo el huésped, se estaba durmiendo sin ningun cuidado.

Por venir el dia se fueron los músicos, despidiéndose con las chirimias.

Avendaño y Carriazo se volvieron á su aposento, donde durmió el que pudo hasta la mañana.

La cual venida, se levantaron los dos, entrambos con deseo de ver á Constanza; pero el deseo del uno era deseo curioso, y el del otro deseo enamorado.

Pero á entrambos se los cumplió Constanza, saliendo de la sala de su amo tan hermosa, que á los dos les pareció que todas cuantas alabanzas le habia dado el mozo de mulas, eran cortas y de ningun encarecimiento.

Su vestido era una saya y corpiños de paño verde, con unos ribetes del mismo paño.

Los corpiños eran bajos, pero la camisa alta, plegado el cuello con un cabezon labrado de seda negra, puesta una gargantilla de estrellas de azabache sobre un pedazo de una columna de alabastro, que no era ménos blanca su garganta: ceñida con un cordon de San Francisco, y de una cinta pendiente al lado derecho un gran manajo de llaves.

No traia chinelas, sino zapatos de dos suelas, colorados, con unas calzas que no se le parecian, sino cuanto por un perfil mostraban tambien ser coloradas.

Traia trenzados los cabellos con unas cintas blancas de hiladillo, pero tan largo el trenzado, que por las espaldas le pasaba de la cintura.

El color salia de castaño, y tocaba en rubio; pero al parecer tan limpio, tan igual y tan peinado, que ninguno, aunque fuera de hebras de oro, se le pudiera comparar.

Pendíanle de las orejas dos calabacillas de vidrio que parecian perlas; los mismos cabellos le servian de garbin y de tocas.

Cuando salió de la sala, se persignó y santiguó, y con mucha devoción y sosiego hizo una profunda reverencia á una imágen de Nuestra Señora que en una de las paredes del patio estaba colgada; y alzando los ojos vió á los dos que mirándola estaban, y apenas los hubo visto, cuando se retiró y volvió á entrar en la sala, desde la cual dió voces á la Argüello, que se levantase.

Resta ahora por decir qué es lo que le pareció á Carriazo de la hermosura de Constanza, que de lo que le pareció á Avendaño, ya está dicho, cuando la vió la vez primera.

No digo más sino que á Carriazo le pareció tan bien como á su compañero; pero enamoróle mucho ménos, y tan ménos, que quisiera no anochecer en la posada, sino partirse luégo para sus almadras.

En esto á las voces de Constanza salió á los corredores la Argüello, con otras dos mocetonas tambien criadas de casa, de quien se dice que eran gallegas, y el haber tantas lo requeria la mucha gente que acude á la posada del Sevillano, que es una de las mejores y más frecuentadas que hay en Toledo.

Acudieron tambien los mozos de los huéspedes á pedir cebada: salió el huésped de casa á dársela, maldiciendo á sus mozas, que por ella se le habia ido un mozo que la solia dar con muy buena cuenta y razon, sin que le hubiese hecho ménos á su parecer un sólo grano.

Avendaño que oyó esto, dijo:

—No se fatigue, señor huésped, déme el libro de la cuenta, que los dias que hubiere de estar aquí yo la tendré tan buena en dar la cebada y paja que pidieren, que no eche ménos al mozo que dice que se le ha ido.

—En verdad que os lo agradezca, mancebo,—respondió el huésped, porque yo no puedo atender á esto, porque tengo otras muchas cosas á que acudir fuera de casa: bajad, daros he el libro, y mirad que estos mozos de mulas son el mismo diablo, y hacen trampantojos un celemin de cebada con ménos conciencia que si fuese de paja.

Bajó al patio Avendaño, y entregóse en el libro, y comenzó á